dor, y que eran sin duda alguna las más difíciles y trascendentales de cuantas se referian á las leyes sobre reformas, eran la desamortizacion de los bienes eclesiásticos y la supresion de las jurisdicciones privilegiadas y escepcionales. Por una parte, los compradores de bienes del clero se mostraban inquietos y se agitaban sin descanso, ignorando si continuarian ó nó en la posesion de las fincas adquiridas, y no perdonaban medio de hacer ver al gobierno de Maximiliano hasta qué punto pudiera llevarles su enojo, si la cuestion se resolvia desfavorablemente á su causa.

Los liberales moderados, acaudillados por el ministro Ramirez, guardaban completa reserva y se abstenian de contraer compromiso alguno con el Emperador, hasta ver si las medidas que este dictaba eran ó nó conformes con sus ideas y sus aspiraciones.

El partido reaccionario, en Méjico como en todas partes, tenia la miel en los lábios y el veneno en el corazon, haciendo alarde de ser partidario acérrimo de un liberalismo moderado, prudente y progresivo, que no tuviera nada de comun con las tendencias anarquistas de sus contrarios; pero dejando entrever, que lucharia con insaciable rencor el dia en que Maximiliano, accediendo á las exijencias ultramontanas, se negase á resolver la cuestion en el sentido que más conviniera á los intereses y aspiraciones de aquella descontenta y numerosa parte de la nacion mejicana.

Así lo dió ya á entender, si bien de una manera encubierta, el representante de Su Santidad en Méjico, monseñor Meglia, al presentar sus credenciales de tal embajador en la córte mejicana. El enviado de Pio IX decia en su discurso de recepcion, «que el Soberano Pontífice, que conocia ya la adhesion á la Iglesia y benévolas intenciones del Emperador, tenía demasiada confianza para no dudar un solo momento del apoyo y constante proteccion que en todas ocasiones dispensaria á la Iglesia S. M. imperial.»

La contestacion de Maximiliano se limitó á asegurar «que el gobierno de la nacion mejicana, católico, leal y basado sobre la verdadera libertad, no faltaria á sus deberes: en estos sentimientos,—continuaba el Emperador,—recibe al digno representante del Vicario de Jesucristo, en la plena confianza de que su venida es el primer paso hácia un arreglo mútuo y duradero que Dios bendecirá.»

Las palabras del monarca no satisfacieron completamente al partido clerical, que hubiera deseado otra fórmula más humilde y esplícita en bien de los intereses de la Iglesia mejicana, y que hubiera á la vez sustituido en su discurso ciertas palabras que no halagaban cumplidamente los deseos y aspiraciones de la reaccion.

El disgusto que semejante conducta del Emperador produjo en el partido retrógrado, ocasion tendremos de darlo á conocer en el curso de la narracion histórica de los hechos del Imperio. Comprenderáse por estos mismos hechos que la situacion de Maximiliano era en estremo difícil é insostenible. Colocado entre las dos tendencias liberal y reaccionaria, no encontraba medio de echarse en brazos de la una sin que fuese inmediatamente destrozado por la otra; y así le vemos tímido y vacilante acojerse hoy á la bandera de la libertad, que á no dudarlo era para el archiduque la más querida, y mañana le vemos, por el contrario, abrazar como su última esperanza la del partido reaccionario en cuyas filas habia de encontrar, despues de muchas decepciones, una muerte desastrosa.

VIII.

Todo esto que á los ojos de Maximiliano y á los de todo el mundo era claro como la luz del dia, no importaba absolutamente nada para que Napoleon III pronunciase entretanto, al abrir la legislatura en 15 de Febrero de 1865, las siguientes palabras:

«En Méjico,—decia con tono decisivo, refiriéndose á la cuestion mejicana,—el nuevo trono se consolida, el país se pacifica, sus inmensos recursos se desarrollan. ¡Dichoso efecto del valor de nuestros soldados, del buen sentido de la poblacion mejicana, de la inteligencia y energía del soberano!»

Más adelante, congratulándose el César francés de las victorias de su poderoso ejército, decia con aire de triunfo y de satisfaccion: «Y cerrando el templo de la guerra, podremos con orgullo inscribir sobre un nuevo arco de triunfo estas palabras: «A la »gloria de los ejércitos franceses por las vic»torias conseguidas en Europa, Asia, Africa »y América.»

El gobierno del Emperador no se engreia ménos, poco despues, en las Cámaras francesas, contestando á los severos cargos que la oposicion le dirijia con motivo de los acontecimientos de Méjico. Ocupándose el ministro de Estado Mr. Rouher de las dificultades é inconvenientes que aún se presentaban á la completa pacificacion de la nacion mejicana, decia el elocuente orador: «Pero estos no son más que los últimos esfuerzos de un partido agonizante. Dentro de poco no será necesario ya para la seguridad interior de Méjico el concurso de las tropas francesas, y en cuanto al crédito, ha ido restableciéndose hasta el punto de que el ministro de Estado ha podido anunciar que un segundo empréstito, cuya emision está próxima, se halla suscrito por grandes casas de Francia y de Inglaterra, lo cual es un testimonio de la confianza que inspira el gobierno mejicano.»

Pasando luego el ministro citado á desvanecer los temores que muchos querian inspirar sobre la actitud futura de los Estados-Unidos respecto del nuevo Imperio, Mr. Rouher se espresaba en los siguientes términos:

«Los Estados-Unidos tienen tanto interés como Europa en que exista en la América central un gobierno regular con quien mantener con toda seguridad, relaciones de comercio y de buena vecindad; y se equivocan grandemente los que atribuyen al gobierno de Washington el pensamiento de emprender una nueva guerra, despues de la que están atravesando, en ódio á la Francia con la que le ligan las relaciones más íntimas y cordiales. Las relaciones entre el gobierno francés y los Estados-Unidos no se han alterado ni por un solo momento, y no es de suponer, sino en cabezas delirantes que se gozan con toda clase de disturbios y trastornos, que los Estados-Unidos quieran combatir contra la Francia que prosigue en todas partes una política de constante progreso y de equilibrio, y á la que no pueden olvidar que deben su libertad y su independencia.»

Así se espresaban Napoleon III y sus ministros cuando el estado de los ánimos en Méjico no podia ser más inquieto y revoltoso; cuando la situacion de aquel infortunado pueblo habia llegado al colmo de la miseria y de la desesperacion; cuando la inmensa mayoría de los mejicanos odiaban con todas las fuerzas de su alma la intervencion francesa; cuando los Estados-Unidos, en fin, no esperaban más que un solo momento de tregua en sus guerras y convulsiones políticas para hacer sentir á la Francia y á la Europa entera la aversion profunda que tienen á sus instituciones y á su política, y para dar una leccion severa y elocuente á Luis Napoleon que humillára por el suelo sus pretensiones y desmedido orgullo.

Juarez entretanto, secundado por el pueblo mejicano, se encargaba por otra parte de hacer ver al gobierno del Emperador francés lo infundado y gratuito de las aseveraciones que con aire de glorioso triunfo hacía en el Cuerpo legislativo el ministro Mr. Rouher, contestando á los enérgicos y sólidos razonamientos de Favre y de Pelletan: «Lo evidente es,—decia el ministro citado,—que en Méjico hemos hecho una gran cosa y realizado una gran empresa. Lo evidente es que legítimamente llamados á vengar nuestros ultrajes en aquel vasto territorio, hemos llevado á él el órden y la libertad. Lo evidente es que le hemos librado de la guerra civil y de la anarquía, y que á la vuelta de pocos años, aquel país bendecirá á Francia por lo benéfica y eficacísimamente que contribuye al desarrollo de su comercio y á su grandeza, que sin nosotros se hubieran uno y otra aniquilado.»

CAPÍTULO III.

El Papa Pio IX censura y condena la tendencia liberal del gobierno de Maximiliano.—Propósitos de este monarca.—Ligeras consideraciones sobre su conducta.—Carta dirijida á su ministro de Justicia con motivo de la desamortizacion de los bienes eclesiásticos.—Protesta del episcopado mejicano.—Medios á que apela para conseguir su intento.—Actitud del partido reaccionario.—Consecuencias que de aquí se siguieron para la monarquía de Maximiliano.

I.

La tendencia liberal que á despecho de los elementos retrógrados de Méjico arrastraba al gobierno de Maximiliano, no podia ménos

de merecer las censuras y anatemas del romano Pontífice y la indignacion y profunda ira del clero mejicano.

El 18 de Octubre de 1864 escribia Pio IX al Emperador de Méjico, manifestándole su amarga pena y estraña sorpresa por las recientes medidas que acababa de tomar en su nuevo Imperio. Maximiliano, cada vez más firme en su propósito de no transijir con las exijencias de la teocracia, creyó que la firmeza de carácter contra la córte de Roma, le sería en esta ocasion más provechosa que las deferencias y consideraciones que hasta entonces habia tenido con el romano Pontífice, sin que por esto dejára de ser cristiano.

El Papa se lamentaba de los ataques que diariamente dirijian varios periódicos mejicanos al clero, y amenazaba á la vez con un castigo tremendo á Maximiliano I, si no acudia con un remedio pronto y eficáz para que el culto católico continuase siendo la gloria y el sostenimiento de la nacion mejicana, con esclusion absoluta de todo otro culto. Manifestaba asímismo el Santo Padre que nadie estaba facultado para enseñar y publicar máximas falsas y subversivas; que la enseñanza tanto pública como privada debiera ser dirijida y servida por la autoridad eclesiástica, y por último, que la Iglesia no podia estar nunca bajo la dependencia del poder civil: «Sólo así,—continuaba Pio IX,—podreis asegurar vuestro Imperio y proporcionar á la nacion mejicana, esencialmente católica y cristiana, dias de paz y de eterna bienaventuranza.»

Maximiliano no por esto se mostraba más dispuesto á acceder á los deseos del Pontífice, ni más propicio á satisfacer las aspiraciones del partido reaccionario de Méjico. Aunque otras causas no hubiera que le impidiesen someter su nuevo Imperio al abrigo del partido clerical, bastaria la sola consideracion de que frente á frente de ese mismo partido se encontrase el liberal, que numeroso é imponente le amenazaba con arrebatarle la imperial diadema, á la vez que las vidas de cuantos se opusieran á la consumacion de este acto, hijo de la natural tendencia de la nacion mejicana.

Pero aun sin ese temor, Maximiliano I, lógico con los principios que aun antes de su entrada en Méjico habia ya manifestado en distintas ocasiones, no podia ménos de prepararse á abordar sin dilacion alguna la difícil cuestion religiosa, optando por la libertad de conciencia y de cultos y por la confirmacion de las ventas de bienes eclesiásticos, hechas sin fraude durante las anteriores administraciones, y la continuacion de las mismas en los bienes que aun quedaban en poder del clero.

Y en este punto, permítasenos algunas consideraciones que hablan muy alto en favor del archiduque de Austria. Aparte la lamentable debilidad de Maximiliano al considerar como la espresion de la nacion entera los votos de unos cuantos mejicanos, y en su virtud titularse Emperador por la voluntad nacional; aparte las estipulaciones del archiduque con el Emperador francés en su residencia de Miramar y estipulaciones que pasaron bien pronto al dominio de la opinion pública desde el fondo de los tratados secretos; aparte en fin, de las humillaciones de Maximiliano al tener que confiar la custodia de su persona y de su Imperio á un general francés, es lo cierto, que el archiduque de Austria dió señales evidentes de sus buenos propósitos en favor del pueblo cuyos destinos se le encomendaron, tan luego como fué elevado á la dignidad imperial.

El reconocimiento del reino de Italia, por ejemplo, fué cosa nunca puesta en duda por Maximiliano á pesar de tener razones poderosas que se opusieran á esta determinacion. Su hermano el Emperador de Austria se habia mostrado hasta entonces contrario á la constitucion de Italia en un solo Estado, y la monarquía constitucional de Victor Manuel desde los Alpes al estremo de Sicilia era para el monarca austriaco de todo punto imposible, por más que á los ojos de las demás potencias de Europa fuese ya un hecho tangible. Maximiliano, por razones de familia, de amor fraternal y de tradicion de antiguas preocupaciones de su ilustre casa, pudo rehusar el reconocimiento del reino de Italia, con lo cual habria halagado al poderoso partido teocrático á quien debia la corona.

Al dirijirse además hácia el territorio de sus nuevos Estados, Maximiliano conferenció largamente con el romano Pontífice á

quien rogó la bendicion apostólica, recibiendo á la vez las simpatías de todo el clero romano. Maximiliano, pues, por razon de conveniencia política y para contar siempre con la influencia poderosa del clero católico, pudo rehuir el reconocimiento del reino de Italia, ó dilatar por lo ménos este hecho que habia de traerle forzosamente una oposicion formidable y contínua con el partido retrógrado de su nuevo Imperio.

Y á pesar de estas razones y de tantas otras que pudiéranse enumerar, el soberano de Méjico, cuya conducta para llegar al trono no pudo ménos de merecer la reprobacion de todas las almas nobles, hizo un acto liberal apresurándose á reconocer el nuevo reino de Italia, porque reconocia á la vez la fuerza del sufragio popular y el derecho que de él emana en la esfera política, con lo cual, si estrechaba por una parte las relaciones que debian existir entre Méjico y las demás potencias, rompia por otra toda clase de lazos y de afecciones con el partido teocrático, siempre amenazador é imponente.

II.

Como si despues quisiera Maximiliano acallar el grito de reprobacion con el que generalmente se condenaba el orígen de su elevacion al trono, se consagró con todas sus fuerzas al desarrollo y crecimiento de la prosperidad del país; halagando primero el sentimiento nacional con la ereccion de un monumento á los defensores de la independencia mejicana; visitando más tarde las provincias para enterarse por sí propio de las necesidades más apremiantes de cada una; redactando despues una instruccion de las reformas que debieran al punto llevarse á cabo, y entibiando por último sus afecciones con la córte de Roma y con el partido clerical de Méjico, mediante los principios liberales que sustentaba sobre las relaciones de la Iglesia con el Estado y sobre las ventas de los bienes eclesiásticos realizadas por sus predecesores en el mando de la República.

Fijando desde luego su atencion en el suelo mejicano, el jóven monarca pudo comprender que estaba éste completamente absorvido por manos muertas que lo esterilizaban, y se propuso con mayor y más decidido empeño, no sólo aprobar la desamortizacion llevada á cabo por Juarez, sino hacerla estensiva en cuanto las circunstancias se lo permitieran.

La falta de poblacion, puesto que el vasto territorio de sus Estados no contaba más de ocho millones de almas, fué otro de los puntos en que se fijó preferentemente Maximiliano I, y se propuso por tanto favorecer en lo posible la inmigracion, para que de este modo se aumentase la poblacion y pudieran esplotarse las inmensas riquezas que atesoraba en sus entrañas el suelo mejicano. Como condicion primera para favorecer esta inmigracion, Maximiliano creyó indispensable emancipar el suelo y reconocer importantes derechos personales, entre los cuales figuraba en primer término la libertad de creencias religiosas; y á pesar de la oposicion del clero y del despecho de todo el partido reaccionario, la libertad de cultos, como la venta de bienes eclesiásticos, fueron desde luego decretados por el Emperador.

Estas reformas revelaron desde luego el buen deseo que animaba al monarca mejicano y su decision por enmendár su punible ligereza al aceptar el trono. Decretando la desamortizacion eclesiástica, daba una prueba evidente de su solicitud por la prosperidad material de sus Estados, á la vez que manifestaba no serle desconocidos los estudios económicos.

La desamortizacion, debió comprender Maximiliano I que devolvia á la propiedad sus condiciones naturales de trasmisibilidad y divisibilidad, sin las cuales sería siempre improductiva y estéril; debió asímismo convencerse que la desamortizacion facilita grandemente el paso de la propiedad de manos del indolente ó descuidado á las del hombre laborioso y activo, con lo cual los productos se multiplican, se engrandecen las naciones, son respetadas de los demás pueblos, y el bienestar y la comodidad se estienden á todos los individuos que la componen. Por haber desconocido los pasados tiempos estas verdades que hoy la esperiencia se ha encargado de demostrar palpablemente al mundo, la riqueza pública ha permanecido durante tantos siglos como es-

tacionada, privando por consiguiente á los pueblos del engrandecimiento y prosperidad que en los modernos tiempos empiezan á proporcionarles la aplicacion de las ciencias económicas.

Pero no solamente la desamortizacion eclesiástica, venía á ser en Méjico como en todas las demás naciones una medida que la economía reclama, sino que era tambien un acto eminentemente político, bajo cuyo punto de vista Maximiliano debió considerarla principalmente.

Dos grandes y poderosas tendencias dividen en sangrienta lucha las sociedades modernas: una de progreso, otra de reaccion. Aquellas clases que como la clerical viven del privilegio, del monopolio, de la proteccion, se declaran enemigas encarnizadas de la primera, toda vez que fuera de ella no ha de encontrar ninguno de esos elementos que á costa de las demás clases de la sociedad le proporcionan su poder y su grandeza.

En los pueblos que como en Méjico se ha disfrutado aunque por breves instantes de las ventajas de la libertad, y que por lo mismo se esfuerzan más y más por consignarla en los artículos de su Constitucion, el clero ha de mostrarse necesariamente más hostil é implacable contra esa general tendencia de los modernos tiempos, y por lo mismo se hace más indispensable para los defensores de la igualdad y la libertad un supremo esfuerzo para combatir esa tendencia retrógrada y egoista. Como la resistencia ha de estar en proporcion con los elementos con que cuente la reaccion, y éstos son tanto mayores cuanto más estensa sea la propiedad del suelo que aquella disfrute, de aquí que las naciones liberales como la mejicana, que cuentan con un clero numeroso y potente, vénse obligadas, siquiera sea como medida política, á combatir en sus cimientos el poder y la supremacía que dá al clero la posesion de la tierra, so pena de resignarse los pueblos á vivir siempre bajo la presion y perniciosa influencia de ese elemento reaccionario.

No queremos significar con esto que la desamortizacion fuese decretada por Maximiliano como una medida esclusiva y esencialmente política, inspirada sólo por los sentimientos liberales que este príncipe abrigára: necesitábase entonces desconocer por completo quiénes fueron los que elevaron hasta el trono al desgraciado archiduque, y sostener sobre todo, que el nuevo Emperador habia ido á Méjico representando al partido liberal. Muy léjos de esto, como ya hemos tenido ocasion de manifestar, Maximiliano no fué á Méjico á fundar el reinado de la libertad, sino á destruirlo, contando siempre con el apoyo del sacerdocio, quien le recibió con los brazos abiertos tomándole por un nuevo Mesías que venía á reparar las ofensas hechas á la religion católica en las personas de sus ministros y en los cuantiosos bienes que poseian. Al aprobar, pues, Maximiliano I la desamortizacion eclesiástica, no pudo ser influido única y esclusivamente por consideraciones políticas, toda vez que cuanto ganase en simpatías con los elementos liberales al respetar lo hecho por gobiernos anteriores, habia de perderlo con relacion al partido reaccionario que le habia elevado al trono, y el cual estaba dispuesto á no transijir nunca con nada que pudiera en algun modo ser contrario á sus intereses y tendencias egoistas; y de aquí por qué, como há poco decíamos, esta reforma, llevada á cabo con tal decision por Maximiliano, debió inspirarla un pensamiento, al par que económico, político, con el cual se proponia contribuir á la prosperidad y ventura del pueblo que se le habia encomendado.

III.

Fueran ó nó estos los únicos móviles que impulsáran á Maximiliano á abordar de frente y sin dilacion alguna la cuestion de los bienes eclesiásticos, es lo cierto que el monarca mejicano, sin temor á las encubiertas y punzantes armas de que pudiera hacer uso el partido clerical, y sin que nada le importáran por otra parte las consecuencias que de tal medida se desprendieran en cuanto á las relaciones del nuevo Imperio con sus protectores de Francia y Austria, dirijió en 27 de Diciembre una carta á su ministro de Justicia, en la que Maximiliano I, desligándose de todos sus compromisos con el partido que acababa de ofrecerle la corona, se declaraba decidido partidario de las tendencias liberales de su Imperio.

La resolucion no podia ser más enérgica, ni el cambio más radical y completo. El clero mejicano que con incesante afan habia luchado contra todos los elementos conservadores y liberales, apelando á toda clase de medios y á todo género de sacrificios para alejar del Imperio todo lo que en algun modo pudiera oponerse á las tendencias absorbentes de la reaccion: el clero mejicano, que por medio de hábiles y entendidos agentes se habia dado tales trazas, que consiguiera alucinar á un príncipe y captarse las simpatías de la Europa conservadora, hasta el punto de merecer un eficáz y constante apoyo del Emperador francés, veíase desdeñado en cierto modo por el monarca á quien habia ofrecido el mando supremo de la nacion, y engañado en sus más risueñas esperanzas.

La actitud del clero ante una determinacion tan atrevida como inesperada, habia de ser lógica con su manera de obrar, siempre que en iguales circunstancias le habian colocado las doctrinas y las aspiraciones de los hombres libres del pueblo mejicano. La desamortizacion de los bienes eclesiásticos, era para la teocracia lo que el dogma para la religion: una verdad de fé que no es dado á nadie poner en duda sin incurrir al punto en el castigo eterno.

Y en efecto, la desamortizacion era, por decirlo así, como la muerte del clero de Méjico, y era por tanto necesario luchar con lucha desesperada y constante para impedir que aquella se llevase á cabo, y que el clero continuase con la vida próspera y exuberante que los bienes de la Iglesia le proporcionaba. Por esto cuando vemos á Maximiliano romper los lazos que le ligaban á un partido tan poderoso y tan acostumbrado hasta entonces á salir victorioso en todas sus empresas; cuando le vemos considerar impertérrito las consecuencias que nacer pudieran de semejante conducta; que si por una parte le atraia los ódios y las venganzas de la reaccion, no por esto le identificaba con el grande y poderoso partido que representaba Juarez; cuando le vemos, en fin, despreciar las amenazas y los tremendos castigos que el episcopado le presagiaba desde el momento en que pusiera su firma al pié de un decreto que en algo menoscabára los intereses materiales de la Iglesia, no podemos ménos de conceder al jóven Emperador, como ya en otro lugar hemos indicado, un deseo sincero de mejorar la situacion crítica de sus Estados, posponiendo los intereses particulares de una fraccion, más ó ménos numerosa, pero ciertamente rival temible del nuevo Imperio, al interés general de la nacion entera. Habría quizá, como se cree por algunos, una intencion encubierta y egoista que tendiera á captarse las simpatías y el prestigio de los liberales; pero aun así y todo, quedaria siempre en favor del monarca mejicano, la virtud al ménos de abandonar una proteccion tan segura y eficaz como la de los elementos conservadores, por otra incierta y á la sazon bien poco satisfactoria, para prometerse un triunfo inmediato y duradero del nuevo órden de cosas introducido en Méjico.

La energía, pues, con que Maximiliano se propuso llevar á cabo la reforma religiosa; las conferencias que presidieron á esta determinacion con el nuncio de Su Santidad monseñor Meglia; la contestacion digna y atrevida que dió á la protesta del episcopado; la no ménos elevada que dirijió á la carta de Pio IX y á la nota del cardenal Antonelli, todo esto, repetimos, venía á demostrar los buenos propósitos y generosas intenciones que por el bien y felicidad de sus Estados animaban á Maximiliano. Si más tarde el desgraciado monarca se apartó de la senda por que le conducian sus naturales instintos, y volvió á los brazos de aquel mismo partido con quien se habia mostrado ingrato y desleal, crímen fué horrendo que mitigó en gran parte el dolor que causára la desastrosa muerte del archiduque Fernando; pero que á la vez acrecentaba más y más el ódio contra la teocracia de Méjico por los inícuos y detestables medios de que llegó á echar mano para atraer á su causa al jóven Emperador, y prepararle, aunque tales no fueran sus intenciones, un fin tan trágico y doloroso como imprudente y temeraria habia sido la conducta de Maximiliano al aceptar el trono.

IV.

He aquí la célebre carta, de que hemos hecho há poco mencion, dirijida por Maxi-